



Cuadernos del CILHA n 42 – 2025 | publicación continua
ISSN 1515-6125 | EISSN 1852-9615
<https://revistas.uncu.edu.ar/ojs3/index.php/cilha>
CC BY-NC 4.0 international
pp. 1 - 9

Introducción al dossier: Poéticas de la vulnerabilidad en la literatura contemporánea

*Introduction to the Dossier: Poetics of Vulnerability in
Contemporary Literature*

Andrea Puchmüller

 <https://orcid.org/0000-0002-5683-2856>

Universidad Nacional de San Luis

Instituto de Investigación en Ciencias Humanas y Sociales

 puchmuller@gmail.com

Argentina

Cristina Patricia Sosa

 <https://orcid.org/0009-0002-5026-3282>

Universidad Nacional de Cuyo

Instituto de Formación Docente Continua Villa Mercedes

 cristina.sosa@ffyl.uncu.edu.ar

Argentina

En los últimos años, el concepto de vulnerabilidad ha adquirido una centralidad ineludible en el pensamiento contemporáneo. Lejos de remitir únicamente a la fragilidad individual o a una condición patológica del cuerpo, la noción ha sido resignificada en múltiples campos -la filosofía política, la ética, los estudios de género, el pensamiento decolonial, la crítica literaria- como una categoría que permite pensar las formas de exposición del sujeto frente al otro, al entorno y a los regímenes de poder. En este sentido, la vulnerabilidad no es solo un estado a superar ni una mera condición de desprotección, sino una forma de existencia marcada por la interdependencia, la exposición al daño y la posibilidad de agencia desde lo precario.

Este dossier parte de la premisa de que pensar la vulnerabilidad en la literatura no implica reducirla a una estética del sufrimiento ni a una victimología esencialista. Por el contrario, supone indagar cómo el lenguaje literario produce, tensiona o desestabiliza las formas en que los cuerpos, las subjetividades y las comunidades experimentan y elaboran su exposición al daño, su precariedad, su duelo o su resistencia. En ese gesto, la



vulnerabilidad se convierte en una categoría crítica capaz de articular las tensiones entre subjetividad y estructura, afecto y política, escritura y cuerpo.

La visibilidad creciente de la vulnerabilidad, el trauma y la herida en el nuevo milenio responde también al giro epistémico que atraviesan las humanidades. Didier Fassin y Richard Rechtman (2009) describen este desplazamiento como un pasaje de la sospecha al reconocimiento, de la ilegitimidad a la reparación. En una cultura saturada de imágenes de sufrimiento -guerras, desastres, desplazamientos, violencias estructurales-, la figura de la víctima adquiere un lugar paradigmático. Pero no se trata simplemente de una proliferación de heridas, sino de un cambio en la sensibilidad colectiva y en las estructuras de empatía que moldean nuestras formas de percibir y narrar el daño.

En este contexto, la literatura no queda al margen. Al contrario, se vuelve un espacio privilegiado para ensayar formas sensibles y éticas de figurar la herida, el duelo o la fragilidad. Los “textos vulnerables” configuran una poética que trabaja “desde la herida” (Whitehead, 2004), adoptando estructuras estéticas que fracturan el lenguaje, dislocan el tiempo y convocan al lector desde una ética del estremecimiento. A través de ellas, se interroga no solo lo que puede ser dicho, sino también quién puede decirlo, desde dónde, y con qué consecuencias.

Judith Butler es una de las autoras fundamentales en la resignificación contemporánea del concepto de vulnerabilidad. Desde *Vida precaria: el poder del duelo y la violencia* (2006) hasta *Notas hacia una teoría performativa de la asamblea* (2017), la autora plantea la vulnerabilidad como una condición constitutiva de lo humano, una dimensión relacional de la existencia que remite a nuestra exposición inevitable al otro, a la fragilidad de los cuerpos y a la imposibilidad de sostener una vida en soledad. Lejos de entenderla como lo opuesto a la acción, Butler sostiene que se es capaz de actuar precisamente porque se ha sido afectado. La vulnerabilidad, entonces, no limita la agencia: la habilita, en tanto el yo no preexiste a esa exposición, sino que se constituye en ella. En este marco, el sujeto deja de ser una entidad autónoma y se piensa como inherentemente interdependiente, constituido por vínculos que no ha elegido, pero que lo implican éticamente. Como señala Butler, no elegimos con quiénes habitamos el mundo, pero de esa convivencia no electiva se desprende una obligación ética y política que redefine las formas de cohabitación y resistencia.

En el ensayo “*Vulnerabilidad corporal, coalición y la política de la calle*” (2017) Butler profundiza esta concepción relacional, inscribiéndola en un marco material y político. La vulnerabilidad ya no es solo una condición ontológica, sino el punto de partida para pensar formas colectivas de resistencia. En un escenario de desmantelamiento de bienes públicos y derechos básicos, la autora vincula directamente la exposición corporal con las infraestructuras necesarias para sostener la vida y permitir la acción política: “Estamos tratando de averiguar cómo las movilizaciones adoptan como objeto de preocupación política aquellos requerimientos y apoyos que son indisociables de lo que llamamos cuerpo humano” (p. 24). Desde esta perspectiva, la vulnerabilidad exige no solo reconocimiento ético, sino también reparación material. El cuerpo vulnerable se convierte,



así, en el lugar desde el cual interpelar las condiciones mismas de la vida vivible y de la acción política.

Mientras que Butler reformula la vulnerabilidad en términos de agencia, cohabitación y acción política, su pensamiento ético se inscribe en una genealogía más amplia que remite, entre otros, a Emmanuel Lévinas. Este filósofo ofrece una concepción más radical de la exposición al otro, no como posibilidad de acción, sino como fundamento ineludible de la responsabilidad. Para Lévinas (2002), la subjetividad no nace de la elección ni del contrato, sino del rostro del otro que irrumpe como interpelación absoluta. Esta ética no se funda en la reciprocidad, sino en una asimetría estructural: la demanda del otro nos obliga incluso antes de cualquier reconocimiento, incluso sin garantías de devolución. En ese sentido, la vulnerabilidad no se piensa como una condición a superar, ni como motor de agencia, sino como apertura primera, como pasividad constitutiva que desestabiliza al yo y lo compromete éticamente. Aunque Lévinas sostuvo posiciones nacionalistas y excluyentes que contradicen algunos de sus propios principios éticos (Butler, 2012), su propuesta conserva una potencia crítica para pensar la exposición como acontecimiento ético y, en el campo literario, como herida que solicita, interpela y transforma.

Entre las voces fundamentales para pensar la vulnerabilidad en clave latinoamericana, la obra de Rita Segato resulta indispensable. Su trabajo se inscribe en una crítica radical a las formas modernas de dominación, con especial atención al lugar del cuerpo en la estructura patriarcal de poder. Su noción de “pedagogía de la crueldad” constituye una herramienta clave para analizar las tecnologías sociales que inscriben jerarquías, castigos y desigualdades en los cuerpos, especialmente en los cuerpos feminizados, racializados y empobrecidos (Segato, 2018). Esta pedagogía enseña “mucho más allá del matar”, pues enseña también “a matar de una muerte desritualizada, de una muerte que deja apenas residuos en el lugar del difunto” (p. 14). Se trata de una forma de violencia que despoja al cuerpo de inscripción comunitaria y lo convierte en desecho, en resto sin valor simbólico ni duelo. En este marco, el cuerpo funciona como “primer territorio de la política”: una superficie donde se marcan los mandatos de género, las formas de subordinación y las violencias sistemáticas que sostienen el orden colonial-moderno. Esta inscripción no es aleatoria: responde a lógicas estructurales que convierten al cuerpo en el campo de batalla de múltiples guerras—bélicas, económicas, simbólicas—y revelan la profunda imbricación entre vulnerabilidad, poder y subjetivación.

Una de las expresiones más extremas de esta pedagogía es la violencia sexual. Segato (2018) analiza la violación no como un acto impulsivo o patológico individual, sino como una práctica social comunicativa, que transmite un mensaje de dominio y castigo. Desde esta perspectiva, la violencia sexual es una forma de escritura en el cuerpo de las víctimas, que produce efectos no solo en quien la sufre, sino en toda la comunidad, operando como una tecnología de disciplinamiento. En este marco, la reiteración de la violencia produce una pedagogía perversa que naturaliza los pactos de la crueldad. Para Segato, esta lógica encuentra un terreno fértil en contextos de desigualdad estructural, donde los sectores más excluidos, especialmente los varones jóvenes pobres, se convierten en ejecutores de una masculinidad agresiva que funciona como forma sustitutiva de poder. La crueldad

habilita, así, un tipo de goce ligado a la destrucción, al castigo y a la humillación del otro, que compensa simbólicamente otras formas de desposesión.

De este modo, Segato propone comprender la vulnerabilidad no solo como una condición de exposición al daño, sino también como una construcción política y cultural que organiza el mundo. Los cuerpos vulnerados no lo son por naturaleza, sino por efecto de regímenes específicos de poder que los sitúan como disponibles para la agresión, la exclusión o el desprecio. En su crítica al universalismo liberal y al paradigma penal, Segato (2021) alerta sobre los límites de las soluciones jurídicas tradicionales y propone una mirada que reintegre la dimensión comunitaria, relacional y política de la justicia. Su obra traza una cartografía de la violencia que no se limita a sus expresiones visibles ya que explora sus raíces coloniales, sus continuidades institucionales y sus efectos epistémicos. Como afirma la autora: “la racialización, que defino como la constitución de un capital racial positivo para el blanco y un capital racial negativo para el no blanco, es el eje gravitacional del patrón de la colonialidad” (Segato, 2021, p. 255), y desde allí es posible pensar cómo ciertas vidas son sistemáticamente devaluadas, disciplinadas o descartadas. En ese sentido, su perspectiva aporta una clave crucial para pensar la vulnerabilidad como campo de disputa, y no como un atributo esencial del sujeto.

Asimismo, Karina Bidaseca repiensa la noción de vulnerabilidad desde una perspectiva feminista, decolonial y situada, anclada en las experiencias históricas y epistémicas de Latinoamérica. En trabajos como *Desbordes. Estéticas descoloniales y etnografías feministas post-heroicas* (2018) articula la vulnerabilidad con una crítica profunda a los regímenes coloniales de representación que racializan, sexualizan y silencian ciertos cuerpos. Su obra se propone desmontar los marcos eurocéntricos que han definido históricamente qué vidas importan, quién puede enunciar el dolor y desde dónde es posible pensar el sufrimiento. En *Perturbando el texto colonial. Los estudios (pos)coloniales en América* (2010) Karina Bidaseca vincula la vulnerabilidad con las condiciones estructurales de exclusión, desposesión y violencia que atraviesan los cuerpos feminizados, racializados y subalternizados por el orden moderno/colonial. Desde esta perspectiva, la vulnerabilidad no es una categoría neutral ni puramente existencial, sino una imposición histórica y geopolítica que debe ser resignificada políticamente. Como señala la autora, la historia de estos cuerpos -lo que denomina “narrativas femeninas de la subalternización”- ha sido sistemáticamente desautorizada: “aunque se resisten a ser historizados, al no ser reclamados, desaparecen disueltos en el tiempo” (Bidaseca, 2010, p. 11).

En esa resignificación, Bidaseca (2011) insiste en la necesidad de reconocer las prácticas de resistencia que emergen desde los márgenes, así como las formas de agencia que permiten reescribir el daño desde saberes encarnados, afectivos y colectivos. Como sostiene: “La situación de subalternidad, entonces, se profundiza cuando la posición de clase, raza, etnia, sexo/género, se intersectan, determinando la muerte y la supervivencia, y claro, la agencia femenina” (Bidaseca, 2011, p. 253). Dicha perspectiva se alinea con la crítica al universalismo abstracto que proponen teóricas como Judith Butler y Rita Segato, al mostrar que la vulnerabilidad no se distribuye de forma pareja, sino que se intensifica



diferencialmente según la pertenencia social, corporal y epistémica. En este marco, Bidaseca propone una “epistemología situada” que reconozca la potencia de esas vidas precarizadas para resistir, enunciar y producir saberes otros desde la propia experiencia encarnada del daño y la exclusión.

En las últimas décadas, el concepto de vulnerabilidad ha atravesado las fronteras disciplinares para instalarse como una categoría clave en los estudios literarios contemporáneos. La vulnerabilidad ha dado lugar a una poética particular que interroga las formas de narrar el daño, el sufrimiento y la exposición del sujeto al mundo. En este marco, ha surgido el concepto de “texto vulnerable”, una categoría crítica en construcción que permite pensar cómo ciertas obras literarias no solo tematizan la fragilidad, el duelo o el trauma, sino que los incorporan a su estructura formal y a su lenguaje. Esta noción se vincula estrechamente con los estudios del trauma, pero también con una ética de la representación que rechaza la espectacularización del sufrimiento y propone modos de escritura capaces de alojar la herida sin clausurarla. Como señalan Jean-Michel Ganteau y Susana Onega (2015), los textos vulnerables no se limitan a hablar “sobre” el daño, sino que lo hacen “desde” una herida estructural que desestabiliza las convenciones narrativas, temporales y genéricas. Desde esta perspectiva, la literatura se vuelve un espacio privilegiado para explorar las condiciones de vida precarias y las marcas del sufrimiento, pero también los gestos de cuidado, la memoria encarnada y la potencia ética del lenguaje.

El texto vulnerable se caracteriza por una serie de procedimientos narrativos y estéticos que dan cuenta de su singular forma de representar el dolor, el daño y la fragilidad. Estas estrategias no solo configuran una poética del sufrimiento, sino también una ética de la representación que busca interpelar al lector desde una afectividad radical, sin caer en la estetización del trauma. Para Ganteau y Onega (2017), la vulnerabilidad no es únicamente un tema, sino una forma textual que interpela mediante recursos como el lirismo indirecto, la fragmentación, el desorden temporal y la multiplicación de voces. Otros rasgos frecuentes son la irrupción de lo no dicho, la recurrencia de la memoria traumática y la dificultad para organizar los acontecimientos en una cronología estable. La obra se desestructura para reflejar una subjetividad herida, como si el texto mismo estuviera afectado por la experiencia de la que da cuenta. Fernandes-Santiago y Gámez-Fernández (2022) destacan cómo estas dislocaciones formales -repeticiones, retrospectivas, suspensiones- buscan traducir la experiencia psíquica de la herida, no tanto desde la representación directa, sino desde su efecto. Asimismo, el cuerpo emerge como una figura inevitable: cuerpos heridos, enfermos, racializados, feminizados o desplazados, cuya inscripción en el tiempo narrativo está mediada por cicatrices, síntomas, marcas materiales del sufrimiento. La cicatriz -como figura ambigua entre lo cerrado y lo expuesto- encarna esta tensión constitutiva del texto vulnerable: sanar sin olvidar, representar sin clausurar. A través de estas operaciones poéticas, la vulnerabilidad se torna experiencia estética y política, interrumpiendo los marcos normativos de la representación tradicional.

La poética de la vulnerabilidad también ha propiciado un desplazamiento en la construcción del protagonista literario. A diferencia del héroe épico o romántico, tradicionalmente asociado con la agencia, el control y la excepcionalidad, en las narrativas

vulnerables el centro lo ocupa una subjetividad herida, precaria y muchas veces anónima. Esta figura ha sido conceptualizada por Ganteau y Onega (2018) como el "héroe herido": un personaje marcado por traumas físicos o psíquicos, cuya existencia se define por la exposición al dolor, la marginación o la pérdida. Este sujeto narrativo ya no representa una voluntad soberana, sino un yo fracturado que se define por la interdependencia y la relacionalidad. Como sugiere Aguirre Romero (2012), se trata de un "héroe de papel", cuya fragilidad condensa las crisis contemporáneas derivadas del desmoronamiento de las estructuras sociales, políticas o afectivas. El relato ya no persigue una épica de la superación, sino una ética de la exposición: el protagonista no triunfa, sino que sobrevive; no conquista, sino que resiste. Así, la acción muchas veces se ve reemplazada por la reexperimentación del trauma, el duelo persistente o la impotencia, haciendo visibles formas de vida silenciadas o desvalorizadas. Lejos de victimizarse, estos sujetos encarnan -como señalan Onega y Ganteau (2018)- una nueva forma de agencia basada en la exposición, el sufrimiento y la apertura al otro, en sintonía con Butler (2006), para quien la vulnerabilidad no anula la acción, sino que la posibilita.

La poética de la vulnerabilidad no solo interpela la forma narrativa y las figuras del sujeto, sino también la posición del lector. Al inscribir las narrativas vulnerables en un marco que no solo implica lo estético, sino también lo ético, se subraya la importancia de la recepción del texto. Este tipo de literatura interpela al lector a través de la singularidad de la alteridad mediada por la ficción, una de las principales especificidades éticas de lo literario. Para quien lee, el espectro de posibilidades para comprender a la víctima desde una perspectiva ética es amplio: desde una concepción esencialista que permite construir un "nosotros" común basado en la vulnerabilidad compartida de la condición humana (Butler, 2006), hasta la figura de la víctima como radicalmente otro (Ricœur, 2013), atravesado por formas extremas de violencia y deshumanización. Esta última encarnación puede adoptar la forma del "hundido" (Levi, 2012), del "no-hombre" (Agamben, 2009), del sujeto "ontológicamente carente" (Alonso, 2009) o de la "víctima pura: personaje que está más allá de los límites morales de la existencia" (Gatti, 2017, p. 44).

Stef Craps y María Schöenfelder (2014) sostienen que el texto vulnerable es siempre una forma de testimonio, una escritura que se dirige al lector como testigo. Esta posición lo convierte en rehén del acontecimiento, pero también en partícipe: el lector se ve arrastrado por la herida narrada y convocado a responder, no a partir del sentimentalismo, sino con una ética de la atención y de la escucha. Este vínculo ha sido teorizado por autores como Derek Attridge (2004), quien propone pensar la lectura como un acontecimiento ético, donde el lector se enfrenta a la singularidad del otro sin intentar reducirla a lo conocido. En este sentido, la lectura de textos vulnerables no busca identificarse con la víctima, en realidad, intenta sostener su diferencia. Se trata de una práctica que reclama vigilancia, apertura, y disposición a ser desestabilizado. Como sugiere Jean-Michel Ganteau (2015), esta literatura exige "estar atrapado y constituido como sujeto por el acontecimiento de la representación", o más exactamente, "ver el yo que está siendo representado como un yo en proceso" (p. 83). De esta manera, la ética de la lectura que proponen los textos vulnerables subvierte las jerarquías entre autor y lector, entre ficción y realidad, entre representación y experiencia. En lugar de ofrecer al lector una posición segura, lo sitúa en



un lugar incómodo, interpelado por una voz herida que no puede ser ignorada ni completamente comprendida, pero que demanda ser escuchada.

En el recorrido trazado por este dossier nos proponemos revisar dos movimientos que realiza la literatura latinoamericana contemporánea cuando entra en el terreno de la vulnerabilidad. En el primero trabaja sobre los cuerpos, la violencia y la precariedad. El artículo de Celeste Vasallo y Paula Daniela Ferraro se adentra en *Palestina en pedazos*, de Lina Meruane, para explorar cómo el rostro, más que una superficie visible, se convierte en campo de disputa simbólica y política. En un mundo atravesado por tecnologías de vigilancia y discursos mediáticos, el rostro de los cuerpos palestinos —feminizados, racializados, vulnerables— revela tanto la inscripción de la violencia como las grietas por donde se filtra la resistencia. La máscara, como protección o simulacro, emerge entonces como gesto disruptivo ante los mandatos visuales del consumo global. Así, en “Rostro, vulnerabilidad y consumo en *Palestina en pedazos* de Lina Meruane”, para las autoras la obra no solo ilumina los regímenes de representación que configuran lo visible, sino que también revela la potencia subversiva de la vulnerabilidad encarnada en el cuerpo y en el lenguaje.

Entre sangre, cuerpo y palabra, la poesía de María Auxiliadora Álvarez desarma los discursos idealizados sobre la maternidad. En “Poética del desgarrar: maternidad, abyección y precariedad en la poesía de María Auxiliadora Álvarez”, Elena Gil González analiza el poemario *Cuerpo* para mostrar una maternidad atravesada por el dolor, la abyección y la precariedad. A través de conceptos como el cuerpo vulnerable y la desposesión, el artículo revela cómo la escritura poética se convierte en un espacio de denuncia y exposición. Lo materno aparece despojado de idealizaciones y ligado a experiencias límite. La lectura propone una forma de pensar la vulnerabilidad desde lo poético, como un lugar de ruptura, pero también de potencia expresiva y política.

Mientras que Silvina Sánchez, en “Volver al océano de la intimidad. Sobre *Impureza* de Marcelo Cohen”, se pregunta por la configuración de las subjetividades precarias en una distopía ciborg protagonizada por dos jóvenes, Neuco y Abrán. Los personajes de esta novela de proyección futurista, habitantes de un espacio periférico, son marginados por un sistema ultra capitalista que se sostiene por una serie de dispositivos de dominación en los que el lenguaje (entendido como virus verbal en la forma de “prosa del Estado”), la música, la danza y la memoria operan en un sentido profundamente político. La presencia espectral de una amante muerta en un accidente activa la pregunta por la posibilidad de torcer un destino regimentado, interrogante recurrente en la obra de Cohen.

El segundo movimiento, en cambio, trata sobre las infancias, la familia, las memorias y los afectos. Carolina Rossini, en “La intermediación de los afectos en *Hadas, brujas y señoritas* de Aurora Venturini”, indaga en la colección de cuentos, publicada originalmente en 1997 por la escritora platense, de qué modo la anormalidad funciona como un eje central para pensar su obra. Con una singular voz, en su prosa, Venturini ensaya la dislocación de estructuras convencionales y explora nuevas formas de representar la torsión de las normas y de los cuerpos, así como la tensión entre lo humano y lo no

humano. Rossini analiza la configuración afectiva de lo abyecto en una estética gótica atravesada por el horror en un contexto familiar e íntimo.

Por su parte, Lorena Rojas, en “Entre el juego y la guerra: infancia militante en *Pequeños combatientes* de Raquel Robles”, tiene como objetivo abordar la experiencia de la pérdida y el vínculo entre infancia, juego e identidad en la autoficción de Robles. A través de los ojos de una niña que no tiene nombre, hija de desaparecidos en la última dictadura cívico-militar, pero con la aparición por momentos de la modulación testimonial de la voz de una adulta, la obra atiende una infancia politizada. Para los personajes, tanto los libros como los juguetes (que podrían pensarse como dispositivos de rememoración) tienen una sugestiva centralidad y la casa, en tanto lugar ligado a la pérdida, deviene un espacio clave para narrar el trauma.

Finalmente, Zulma Fernández y Paula Morán Maldonado trabajan en “Vulnerabilidades en *Los mocos de la furia*” la obra de Liliana Bodoc con ilustraciones de María Wernicke. Publicado en 2017, en este libro, la escritora y poeta cuenta en la primera persona de una niña de 9 años el encuentro con una emoción que funciona como acción performática y estética. A partir de una anécdota familiar marcada por la humillación engendrada por la desigualdad de poder y de la tiranía económica, Bodoc concibe la furia como un elemento que aproxima a la conciencia de la fragilidad, pero que también contribuye a la definición de una identidad caracterizada por la resistencia y la fortaleza.

De modo que el presente dossier se lanza a la tarea de abordar, desde distintas perspectivas críticas y literarias, la inscripción de la vulnerabilidad en el espacio literario latinoamericano. Los artículos que lo componen revelan los matices específicos que el término adquiere en un contexto que tiene una larga historia de violencias estructurales, de despojos coloniales y de desigualdades persistentes, aunque también de potentes resistencias comunitarias e individuales. Las obras analizadas despliegan una variedad de lenguajes, formas y estrategias que exploran la vulnerabilidad como experiencia encarnada en la memoria y como acto de insubordinación.

Referencias

- Agamben, G. (2009). *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III*. Pre-Textos.
- Aguirre Romero, J. (2012). Los héroes de papel y el papel de los héroes. *Revista de Estudios de Juventud*, 96, 87–103.
- Alonso, M. (2009). *La razón desposeída de la víctima: la violencia en el País Vasco al hilo de Jean Améry*. Bakeaz.
- Attridge, D. (2004). *La singularidad de la literatura*. Madrid: Cátedra.
- Bidaseca, K. (2010). *Perturbando el texto colonial. Los estudios (pos)coloniales en América*. Ediciones del Signo.
- Bidaseca, K. (2011). Entrevista con Karina Bidaseca. *Papeles de Trabajo*, 5(5), 247–261.
- Bidaseca, K. (2018). Desbordes. Estéticas descoloniales y etnografías feministas post-heroicas. En K. Bidaseca & M. Meneses (Comps.), *Epistemologías del Sur* (Primera sección). CLACSO.
- Butler, J. (2006). *Vida precaria: el poder del duelo y la violencia* (Trad. H. Pons). Paidós.



- Butler, J. (2012). *Caminos divergentes. El judaísmo y la crítica al sionismo*. Buenos Aires: Mardulce.
- Butler, J. (2017). *Notas hacia una teoría performativa de la asamblea* (Trad. M. Rial). Buenos Aires: Katz Editores. (Obra original publicada en 2015).
- Butler, J. (2017). *Vulnerabilidad corporal, coalición y la política de la calle* (L. Hincapié, Trad.). *Nómadas*, (46), 14-29. https://nomadas.ucentral.edu.co/nomadas/pdf/nomadas_46/46-1B-vulnerabilidad-corporal.pdf
- Craps, S., & Schöenfelder, M. (2014). *Wounds and Words: Childhood and Family Trauma in Romantic and Postmodern Fiction*. Bielfeld: Transcript Verlag.
- Fassin, D., & Rechtman, R. (2009). *El imperio del trauma. Investigación sobre la condición de víctima* (Trad. J. M. Álvarez-Flórez). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Fernandes-Santiago, M., & Gámez-Fernández, C. (Eds.). (2022). *Representing Vulnerabilities in Contemporary Literature*. Routledge.
- Ganteau, J. M. (2015). *The Ethics and Aesthetics of Vulnerability*. Taylor and Francis.
- Ganteau, J. M., & Onega, S. (2017). *Victimhood and Vulnerability in 21st Century Fiction*. Taylor and Francis.
- Ganteau, J. M., & Onega, S. (2018). *The Wounded Hero in Contemporary Fiction*. Taylor and Francis.
- Gatti, G. (2017). *Un mundo de víctimas. Ensayo sobre la memoria y la victimización*. Anthropos.
- Levi, P. (2012). *Trilogía de Auschwitz*. El Aleph Editores.
- Lévinas, E. (2002). *Totalidad e infinito* (Trad. A. Domínguez). Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Ricœur, P. (2006). *Sí mismo como otro* (Trad. A. Neira). Madrid: Trotta.
- Segato, R. (2018). *Contra-pedagogías de la crueldad*. Prometeo Libros.
- Segato, R. (2021). *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos. Y una antropología por demanda*. Prometeo Libros.
- Whitehead, Anne (2004). *Trauma Fiction*. Edinburgh UP.